



CONCLUSIÓN DE LA MISA Y EL LLAMADO A LA MISIÓN



LA MISA: PARTICIPACIÓN PLENA, CONSCIENTE Y ACTIVA

Durante las últimas semanas, estos boletines se han centrado en desglosar las diferentes partes de la misa y profundizar sus detalles. Para nosotros es importante conocer la misa con sus elementos y sus símbolos para que podamos entender y participar en la misa de una manera más profunda. Estamos llamados no solo a presenciar la misa, sino a participar en la adoración con nuestra mente, cuerpo, alma, y espíritu.

Nuestro último boletín tratará sobre las diferentes partes de la misa ya cubiertas en las secciones anteriores y se concentrará en lo que estamos llamados a hacer para participar en la misa de manera plena, consciente, y activa.

Preparación Para la Misa

Antes de llegar a la misa, nuestro culto ya ha comenzado. Debemos entrar en un espíritu de oración – incluso antes de entrar a la iglesia o salir de nuestros hogares.

Debemos prepararnos vistiendo nuestros cuerpos con ropa apropiada para la adoración, preparando nuestra mente, meditando en el próximo evento de la misa, preparando nuestras almas con la oración, y nuestros corazones reconociendo el amor de Dios por nosotros, y respondiéndole con nuestro amor por Él. Venir a misa no es una simple tradición u obligación vacía. Es una expresión profunda de nuestra relación con Dios. Nuestro Señor nos llama a entrar en Su casa y estar con Él. Nos reunimos como una familia católica para estar con Dios en la Eucaristía.

Ritos Iniciales

Nuestra misa comienza, justamente, con la Señal de la Cruz, que hacemos juntos como signo de nuestra unidad de fe, nuestro bautismo común, y medio de nuestra redención. Después que hacemos la señal de la cruz, el sacerdote nos ofrece palabras de saludo y bendición, que le devolvemos. Así, sabemos que, aunque realicemos diferentes funciones en la liturgia, estamos unidos en un solo acto de adoración, como un solo cuerpo de creyentes.

Entramos en nuestra oración y nos volvemos a Dios con un corazón contrito, pidiéndole misericordia y perdón. Recordamos nuestros pecados durante estos primeros minutos de la misa, reconociendo que todavía somos pecadores necesitados de la ayuda de Dios y de las oraciones de todos los santos. Esta oración no reemplaza al Sacramento de la Reconciliación, pero ofrece la absolución de los pecados veniales pequeños.

Después de reconocer nuestros pecados y recibir la misericordia de Dios, nuestros corazones se vuelven a Dios con alegría mientras cantamos la Gloria, un antiguo cántico de alabanza que habla de la gloria, el poder, la misericordia, y la cercanía de Dios con nosotros. La Gloria no se canta en todas las misas; se reserva para las misas dominicales y las fiestas durante todo el año. Después de la Gloria, el sacerdote exclama: “Oremos”, reza en silencio con nosotros, y ofrece la oración del día. Nos unimos a esta misma oración para que, mientras es articulada por uno solo, todos nos unimos en oración.

La Liturgia de la Palabra

Nuestra oración continúa a través de nuestra proclamación de la Palabra de Dios. Como Jesús es el Verbo hecho carne, está verdaderamente presente en la Palabra de Dios cada vez que se lee. Como tal, nos sentamos a escuchar atentamente las lecturas del Antiguo Testamento, los Salmos, las cartas del Nuevo Testamento, y finalmente el Evangelio. La lectura del Evangelio tiene un significado adicional porque no solo es la Palabra de Dios, sino que contiene las palabras de Jesús, dichas por Su propia boca. Así, mientras nos sentamos para las otras lecturas, nos ponemos de pie para el Evangelio en reverencia a las palabras de Jesús.

Después de la lectura del Evangelio, el sacerdote o diácono predicará lo que se llama una homilía, que es una enseñanza específicamente ligada a nuestra fe, extraída de las lecturas que hemos proclamado. Estamos

llamados a tomar estas lecciones en serio. Como católicos, estamos llamados a vivir nuestra fe y transmitirla a aquellos que encontramos en la vida. Para prepararnos a esta gran misión, debemos llegar a conocer nuestra gran fe a través de las enseñanzas de la Iglesia, recibéndolas a través de la predicación del clero. Esta no es la única forma en que llegamos a entender nuestra fe, ya que hay muchos recursos más allá de una homilía semanal de un sacerdote o diácono, pero eso no lo hace menos importante. En efecto, recibir la enseñanza de la Iglesia y escuchar atentamente las lecturas y la homilía siguen siendo un acto de culto.

Después de la homilía, y casi como respuesta a ella, nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo – el resumen de las enseñanzas de la Iglesia articuladas de esta manera desde el siglo IV. Todos los católicos creemos cada palabra del Credo, y es importante saberlo, porque es lo que creemos. Habiéndonos enseñado la fe, ahora la profesamos como un solo cuerpo de fe. Unidos en nuestra fe, seguimos al Credo llevando las peticiones de nuestra comunidad a Dios. Las anunciamos y exclamamos a una voz: “Señor, escucha nuestra oración”, después de cada petición. Estas peticiones cierran la Liturgia de la Palabra.

Liturgia de la Eucaristía

La Eucaristía es la fuente y cumbre de nuestra Fe. Es a la vez el regalo más grande que recibimos y lo más grande que podemos ofrecer a Dios. Esto se debe a que la Eucaristía es el Cuerpo, la Sangre, el Alma, y la Divinidad de Jesucristo, aunque tenga la apariencia de pan y vino. Puesto que Jesús es Dios, y sólo Dios es perfecto, es la ofrenda perfecta y el regalo perfecto. Por eso, es justo que veamos la Liturgia de la Eucaristía como un verdadero culto a Dios que no está lejos ni distante de nosotros, sino que está presente con nosotros en todas las iglesias donde se ofrece la misa.

En la Liturgia de la Eucaristía, el pan y el vino se llevan al altar donde se transforman en el Cuerpo y Sangre de Cristo a través de la Plegaria Eucarística. Durante esta oración, adoramos y bendecimos al Señor mientras que Él desciende del cielo hacia nosotros. Es aquí cuando la iglesia ya no es simplemente una casa de oración, sino una morada celestial. Dios está con nosotros aquí, no solo en espíritu, sino también físicamente. Como miembros de los fieles, estamos llamados a entrar en el sentido más profundo de adoración, reconociendo a Cristo en la Eucaristía y respondiendo con reverencia, respeto, y un sentido profundo de contemplación. ¡Este es Dios que está delante de nosotros! ¡Él está allí mismo, sostenido por el sacerdote para que todos lo veamos!

Con nuestro Dios presente con nosotros, rezamos en voz alta a una voz el Padrenuestro, la oración que Cristo mismo nos enseñó, e intercambiamos un signo de paz; una paz que viene de Dios y es para que la compartamos con nuestros hermanos y hermanas. Al compartir la paz, participamos activamente en el signo de nuestra comunión unos con otros, y con razón, porque la Comunión es la siguiente parte del rito.

El primero en comulgar es el sacerdote, pero antes de hacerlo, primero parte la Hostia como signo de que el Cuerpo de Cristo ha de ser compartido con todos los fieles; como signo de la paz. Después de que el sacerdote comulga por sí mismo, luego comulgan, primero el diácono, y luego todos los fieles que estén bien dispuestos. Es justo que recibamos la Comunión, ya que es un don de Dios. Este don de la Comunión es el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, una realidad verdadera, escondida bajo el pan y el vino.

Nosotros nos acercamos para recibir la Comunión con un corazón en oración, pensando en quién es quién estamos a punto de recibir. Adoramos a nuestro Señor con una reverencia cuando el sacerdote o ministro nos presenta la Eucaristía, y cuando él o ella proclama: “El Cuerpo de Cristo”, respondemos: “¡Amén!”, porque verdaderamente creemos.

Rito de Clausura

La Comunión no termina con la misa. Antes de partir, se nos da nuestra misión de amar y servir al Señor en el mundo. Somos discípulos de Cristo, llamados a llenar al mundo con su presencia, llevándolo con nosotros de la iglesia al mundo. Llevamos a Cristo en espíritu y en nuestros cuerpos, llevándolo con nosotros a nuestra vida diaria. Con la bendición final y el llamado a salir, partimos del edificio de la iglesia, pero nosotros, que somos la Iglesia, llevamos a Cristo con nosotros dondequiera que vayamos.